

EDITORIAL

ANGÉLICA WOZNIAK

El pasado 8 de marzo falleció en forma totalmente inesperada la Dra. Angélica Wozniak, redactora responsable de la Revista Imagenología. Ha sido una enorme pérdida para la Sociedad de Radiología e Imagenología y su publicación oficial. El entusiasmo y responsabilidad con que asumió su rol, la esforzada laboriosidad con que desempeñó su función, serán ejemplo y estímulo formidables para quienes habrán de abrazar la tarea de continuar la publicación de la revista. Tarea sin duda difícil, pero no imposible. Pero lo que no será posible será devolvernos la personalidad humana de Angélica, decantada hoy en recuerdos.



Los amigos Marcelo Langleib y Luis Dibarboure, al solicitarme que escriba algo sobre Angélica me han hecho un gran honor, y he aceptado y agradecido. No voy a hacer mención a la trayectoria de Angélica como radióloga, en eso estoy seguro que los lectores de esta revista me llevan mucha ventaja, pero no puedo evitar recordar que cada vez que yo la mencionaba a algún radiólogo joven, o no tanto, las respuestas eran similares: “No la conocí mucho, pero de ella aprendí mucho...la aprecio y admiro”. Sí voy a intentar filtrar, a través del recuerdo de múltiples momentos compartidos, la personalidad de Angélica para conocimiento de aquellos que no tuvieron la fortuna de conocerla a fondo. Momentos compartidos a lo largo de casi sesenta años de nuestras vidas.

Conocí a Angélica en marzo de 1959, el primer día de clase del curso de Anatomía. Integrábamos el grupo de 16 alumnos que tenían como docente a un experimentado disector, Roberto Bianchi. Luego de ser convocados, seguimos a Roberto hasta una mesa de mármol cubierta por una sábana, y mientras él nos explicaba cómo se iba a desarrollar el curso y lo que eran las regiones anatómicas que deberíamos disecar y cómo nos las íbamos a distribuir, retiró la sábana y descubrió el cadáver humano destinado a sufrir nuestras irreverentes disecciones. Sospecho que no fui el único impactado por esa presencia y estoy seguro que a todos los estudiantes nos quedó grabado de por vida ese momento, como alguna vez lo recordamos con Angélica. También estoy seguro que a nadie se le ocurrió pensar que alrededor de ese cadáver se iban a constituir lazos de amistad tan fuertes como para durar toda una vida, como efectivamente sucedió con varios de los integrantes del grupo.

Angélica era la menor del grupo, había cumplido 18 años en enero. Era amiga desde Preparatorios de otra integrante del grupo, Raquel Álvarez, con quien estudiaba y disecaba. Todos los demás le éramos desconocidos. Al principio conservaba de la adolescencia algo de ingenuidad y de inseguridad que la hacían poco comunicativa y desconfiada de ciertas actitudes de los compañeros, pero a lo largo del año fue afirmando su confianza en sí misma, al tiempo que aseguraba los conocimientos y respondía adecuadamente a las exigencias de los docentes.

Al año siguiente, tanto Angélica como yo nos vimos atraídos por la fisiología del sistema nervioso, al punto que al comenzar tercer año nos ofrecimos como colaboradores en el Laboratorio de Neurofisiología, compartido por las cátedras de Fisiología y Biofísica y dirigido por Elio García Austt. Trabajamos juntos en Neurofisiología desde 1961 hasta 1964. Fruto del ese trabajo fue nuestra primer publicación científica. Luego, si bien seguimos en la misma disciplina, lo hicimos en lugares diferentes. Ella continuó en la Facultad, iniciando la carrera docente de Fisiología. No fue solo su gusto por esta disciplina



lo que la mantuvo en el Laboratorio, ahí también trabajaba quien sería su compañero de vida, Omar Macadar, de la generación 1958, con quien contrajo matrimonio poco después, en 1962. Angélica prolongó su actuación en Facultad hasta 1974.

Ni el Laboratorio ni el casamiento impidieron que Angélica y Omar siguieran su carrera médica. Era habitual que, cursando sexto año, se comenzara a preparar el concurso del internado. Formamos un grupo de 7 amigos: Aparte del matrimonio Macadar-Wozniak, estábamos Hedy Sívori, Raúl Tarlera, Angela Bianchi, Gustavo Giuria y yo, todos comprometidos a estudiar intensamente. Para tomar impulso nos fuimos a acampar a Santa Teresa, donde conocí y admiré las habilidades culinarias de Angélica, y luego nos impusimos una rigurosa rutina de estudio y de encares. Compartimos encares con otro grupo amigo, formado por Carlos Romero, Edmundo Gómez Mango, Ángel Ginés y Félix Zylbergajt. Fue en la preparación del concurso, en la elaboración del encare de una historia clínica, que descubrí una habilidad natural de Angélica: su capacidad de síntesis. Junto con la habilidad de Omar para captar lo prioritario de cada asunto, el grupo fue elaborando una metodología que nos resultó de gran utilidad. Dimos el concurso en 1965. El primer puesto de los 70 cargos en juego, resultó un empate: Angélica y Omar salieron primeros en las pruebas, pero quedó en primer lugar Omar por méritos. Para completar la fiesta, poco después nació su primera hija Nora. Y entramos en funciones como practicantes internos el 1º de enero de 1966.

Durante el internado, varios de los integrantes del grupo tuvimos oportunidad de elegir el mismo hospital y el mismo día de guardia en varias rotaciones. Fue durante las guardias hospitalarias que pude profundizar más el conocimiento que tenía de Angélica. Trabajaba intensamente, y en ese trabajo demostraba su responsabilidad, su generosidad y su compañerismo. Y se mostraba a sí misma. Las vivencias del sufrimiento de los pacientes, de su angustia, sus dolores o su alegría constituían fuertes impactos a nuestra sensibilidad, y la manera como reaccionábamos frente a esos impactos desnudaba nuestros sentimientos. Angélica no los ocultaba. Ante una situación penosa o un desenlace imprevisible, su reacción era acercarse al grupo, entrar pensativa a una rueda de mate sin participar de la conversación, o se ponía a compartir en silencio un cigarrillo con Omar, hasta que el peso de lo vivido quebraba su silencio y se desahogaba.

Con el paso de los años nos fuimos recibiendo y luego orientando hacia una especialidad. Angélica, que se recibió en 1969, parecía inclinada a la Oftalmología, pero otros factores incidieron en su vida. En 1971 Macadar obtuvo una importante beca para ir a trabajar en la UCLA con José P. Segundo, un neurofisiólogo uruguayo radicado en California. Angélica, a su vez, obtuvo una pasantía en el mismo lugar con Donald Lindsley, prestigioso investigador de la vía visual y amigo de García Austt. Allí viajaron con sus tres hijos, plenos de alegría y esperanzas.

De esa primera estadía de la pareja en EEUU retornaron en 1973. Encontraron que el Uruguay que habían dejado un par de años antes ya no existía. Comprobaron que habían sido destituidos de sus cargos en Facultad y que muchas puertas se habían cerrado. Para sobrevivir se vieron obligados a volver a California, donde tenían trabajo y se les abrían puertas. Esta vez, en la despedida del Uruguay abundaron los rostros serios y preocupados, el futuro era totalmente incierto.

Al poco tiempo de llegar Angélica decidió cambiar su orientación médica y optó por la Radiología, por razones diversas, entre ellas el tiempo y la atención que le exigían tres hijos. La nueva disciplina le permitía ordenar mejor sus tiempos. Avanzó rápidamente en la especialidad, pero la pareja veía crecer a los niños en un país extraño y a ninguno de los dos le tranquilizaba el futuro. Dos años después, tras mucho reflexionar y a pesar del pesimismo que desde la patria le transmitían los amigos, decidieron que era Uruguay su lugar en el mundo y volvieron. Afortunadamente pudo conseguir trabajo como radióloga en el ámbito privado de Montevideo y Omar en el Instituto Clemente Estable.

Luego que el país retornó a la democracia en 1985, aliviada la carga de preocupaciones, volvió la normalidad para Angélica. Pudo dedicarse en los años siguientes a sus grandes obsesiones afectivas: la familia, los amigos, los paseos cuando se presentaban accesibles y el trabajo, orientado ya en forma definitiva a la Radiología. Restituida a su cargo de Fisiología, éste se transfirió a Radiología, con lo que pudo restablecer su carrera docente, ahora en Imagenología; ingresó a servicios imagenológicos de instituciones de asistencia médica y pudo dedicarse a la Neurorradiología.



Adhirió a la Sociedad de Radiología e Imagenología, que luego de la dictadura había comenzado una nueva etapa de su vida y presidió la sociedad en el período 1997-1998. Fue fundadora de la Sociedad Uruguaya de Neurorradiología y participó de la organización de varios de sus eventos. Pero a la actividad de la Sociedad que más prestó atención y esfuerzos fue a la revista. En 1991 se había reiniciado con Dante Romano y un nuevo nombre: Revista de Imagenología. Luego de una pausa de tres años en 1996 comenzó su Segunda Época con Washington Pérez. Fue entonces que Angélica comenzó a colaborar. Integró el Consejo Editorial desde 1999 y desde 2001 ha sido su redactora responsable. Como tal, desarrolló una labor de escasa visibilidad personal pero de resultados extraordinarios, dándole a la revista una continuidad poco frecuente en la medicina uruguaya, con un nivel de calidad reconocido en países vecinos. Fue en esta revista, a la que me invitó a participar para juntos trabajar en asuntos históricos de la especialidad, que pudimos recrear el entusiasmo con que más de medio siglo atrás, habíamos encarado el estudio de la anatomía.

Dentro de las virtudes que adornaron a Angélica quiero resaltar su concepto de la amistad. Cultivó la amistad en forma intensa y sincera. Esta sinceridad más de una vez le costó a ella y al amigo o amiga un disgusto, pero un disgusto que sabía superar con la misma sinceridad que lo había provocado. Quizás sea esta manera de sentir la amistad la explicación de la enorme cantidad de amigos que supo tener y que tanto la apreciaron. Hace poco Carlos Romero recordaba que Gómez Mango decía que Omar y Angélica fueron abanderados en todo: en triunfos, en golpes y en logros académicos. Yo agregaría que Angélica fue la abanderada en amistad, siempre dispuesta a congregar los amigos bajo cualquier pretexto.

Como los recuerdos no mueren, los de Angélica y su sonrisa, que acompañan estas líneas, seguirán con nosotros.

Dr. Eduardo Wilson

Otra mirada...

Cuando me pidieron que aportara algo, a lo ya dicho por el Prof. Wilson, pensé... que decir yo, que no hayan expresado otros, como complementar el sentir de todos sus afectos (familia, amigos, compañeros de trabajo, alumnos...)

Conocí Angélica de adulto, ya profesional reconocida, madre, abuela, (diría madraza, abuelaza ...porque todo lo que ella hacía o sentía era así, Grande, con convicción y compromiso a la vida misma)

No estoy muy segura de como comenzó todo, en realidad mi relación personal con la familia Macadar Wozniak fue a través de Nora, su hija, luego, la actividad en la Revista de Imagenología, fue estrechando nuestros lazos, profesionales y personales.

Una de las cosas que más me sorprendió de Angélica, era esa capacidad para aprender cosas nuevas, pero también, esa capacidad innata de transmitir conocimiento, en forma totalmente desinteresada, generosa, por el simple placer de enseñar, cuanto aprendí contigo...

Nuestra pasión compartida, la Revista, nos llevó a trabajar muchas horas juntas, nos instalábamos en su computadora para revisar, mejorar y perfeccionar el número en curso, era metódica y detallista, y quería entregarle al diseñador, todo tal y como debería aparecer publicado, pero... no todo era trabajo, antes o después, nos dedicábamos un tiempo (matecito mediante, o vinito, según la hora) para hablar de la vida, logros, frustraciones, ilusiones, proyectos y así fui descubriendo a esa Angélica que menciona el Prof. Wilson, que no la puedo encasillar en, una gran profesional, una gran madre, una gran abuela, una gran amiga, de ella solamente puedo decir que era, que es, una GRAN PERSONA.

Recuerdo que un día le dije, empecé a trabajar con una jefa y terminé trabajando con una amiga, su respuesta fue: nunca fui tu jefa, siempre fui tu compañera, y que suerte que la vida nos permitió ser amigas...

Como dijo Omar (su esposo), el día que fui a despedirla: la vas a extrañar, si la voy a extrañar y mucho, pero va a estar presente siempre, en cada número de revista que hemos compartido, en cada palabra de aliento frente a la adversidad, en cada risa contagiosa en alguna reunión social, cada vez que alguien hable de la historia de la radiología, y va a estar así, siempre, con esa sonrisa con la que comienza este recuerdo.

Mary (Lic. María Herrera)